

La calle
Diario de un espectador
Diario de una madre
por miguel ángel granados chapa

para el jueves 22 de noviembre de 2007

Dijimos ayer que la novela *Háblame en español*, de Eulalio Ferrer, el más reciente de sus libros, contiene en realidad dos obras. Por un lado, el diario de Ita, nacida Margarita Cugat O'Farrill, cuya catalanidad es con ese nombre evidentísima, que es entregado a su hijo Liber en racimos de páginas para que él se adentre en la vida de su madre, algo necesario tras la muerte de Lee Cheng Xiao, marido de ella, padre de él. El libro paralelo se refiere precisamente a las vivencias de la viuda y el huérfano, herederos de una enorme fortuna, que por diversas razones conocerán a Mao tse tung poco antes de su muerte y a Den xiao ping, su sucesor.

Daremos hoy un ejemplo de cómo está escrito el diario. Y mañana, el de la otra historia, que contiene al primero. Veamos a Ita Joven cuando desde Barcelona narra a su hijo las últimas horas de la república española. Y las primeras de su unión:

“Enfilé el coche hacia Port Bou, en medio de un tránsito endemoniado, desordenado; jefes y soldados mezclados con la multitud civil en huída incontenible, el polvo de las calles como una nube letal. En pleno centro de la ciudad me detuvo un fuerte bombardeo de la aviación franquista, que atacaba diariamente a Figueras a toda hora. Quedé inmovilizada en mi automóvil, rodeada del pánico de la gente, bajo el silbido aterrador de las bombas cercanas. Sin ser una mujer valiente, me resigné a esa rutina sonámbula de los tiempos de guerra en que la muerte se acepta como un riesgo inevitable

“Al desviarme forzosamente de mi ruta fui a parar a una plazoleta de árboles quebrados y de escombros humeantes no lejos de Las ramblas, el paseo principal de la ciudad. Entre los cascajos de dos casas, totalmente destruidas, restos humanos aun calientes, brazos sanguinolentos, el cuerpo de una niña decapitada, una guitarra intacta y destripado el libro *Corazón*, de Edmundo de Amicis. Los gritos sonoros del odio ascendiendo al cielo. Me sumé a los voluntarios que buscaban sobrevivientes. Mi mono azul pronto se empolvó y mi rostro compartió la angustia general, próxima a la locura.

“Entre los sobrevivientes, intacto, sin rasguño alguno, acogí en mis brazos a un niño como de poco más de dos años, de ojos oscuros y piel ligeramente morena, que lloraba implorando: ‘Mamá, Mamá...!Visca la libertat!’, y repetía ¡Visca la libertat!. Le pregunté su nombre y me contestó: ‘Soy Líber’ Calmé al niño con una chocolatina. Aferrado a mis brazos, le inquirí: ‘¿Y tu mamá?’. ‘Está ahí’, dijo señalando los escombros humeantes. Un anciano, con tipo de pescador contento de que la casa de enfrente, la suya, no hubiera sido tocada hoy por las bombas asesinas, nos interrumpió:

“La madre de este niño se hacía llamar Libertaria, nombre también de su hijo. Su cadáver, terriblemente mutilado, fue de los primeros que ha recogido la Cruz Roja. El anciano, parsimonioso, como si nada sucediera, terminó de liar un pitillo y antes de darle la primera chupada, exclamó con voz potente y acento marcadamente catalán: ‘A la salud de la vida, que tenemos las horas contadas’. Y guardó silencio.

“Quise saber más, y con reticencias agregaría: ‘Llevaban apenas dos semanas aquí. Vinieron de Barcelona y debieron ser gente importante de las Fai, porque en unas horas desalojaron el piso de los Martí para que lo ocuparan la madre y el hijo. Ella portaba un brazalete con los colores rojinegros del anarquismo. Y a los Martí les advirtió que el padre de su hijo era nada menos que Durruti, el jefe anarquita más conocido de España. Pero este niño es sospechoso. En lugar de decir madre, dice mamá, que es una palabra fascista.

“No quiso decir más. ¿Durruti?, me pregunté. Por supuesto que sabían quién era. Su columna de milicianos combatió al principio de la guerra en el frente de Aragón...”